

GARIBALDI Y SURAMERICA

Malcolm Deas

Traducción de Nicolás Suescún

Garibaldi pasó en Suramerica doce años de su vida, entre sus veintiocho y sus cuarenta años, de noviembre de 1835 a enero de 1848. Su carrera en Río Grande do Sul y en el Uruguay, que le dió una buena medida de fama a nivel local y reputación en algunos círculos radicales italianos, ocupa la mayor parte del principal texto de sus *Memorias* en la primera edición de 1859. Estudiosos italianos, suramericanos e ingleses han explorado esa parte de su vida detalladamente, y Jasper Ridley acaba de hacer una excelente y completa relación de ella en su "Garibaldi". G.M. Trevelyan alude a ciertas influencias formativas de aquellos años en las primeras páginas de su trilogía. Cómo afectó su carácter e influyó en su posterior carrera la experiencia suramericana de Garibaldi? Transmitió Suramerica, por medio suyo, algo de importancia a Europa? Fueron esos años nada más que un exótico aprendizaje para esa magnífica pero excéntrica carrera? Doce años son mucho tiempo, y cuando empezaron Garibaldi tenía gran experiencia como marino, un poco como conspirador, pero ninguna como soldado. Sin embargo, se hizo famoso mundialmente al año de su regreso.

Las contribuciones suramericanas más fáciles de establecer son incidentales. El rango de general de Garibaldi, que conservó en años posteriores, era uruguayo. A menudo lucía un poncho. Tal como observó Jasper Ridley, su casa en la isla de Caprera, al norte de Cerdeña, tiene "grandes y altos cuartos que recuerdan el estilo suramericano": tiene algo del aspecto de una estancia del Río de la Plata. Y estaban también las camisas rojas, el uniforme de la Legión Italiana de Garibaldi que luchó en defensa de Uruguay y su capital Montevideo contra el dictador argentino Rosas y Buenos Aires. Como las camisas rojas fueron las primeras de una gran cantidad de camisas de todos los colores que figurarían en el siguiente siglo de historia europea, y como le dieron otro tono al revolucionario color rojo, la relación de su origen por el contraalmirante H.F. Winnington Ingram, única versión contemporánea detallada, es de más interés que la mayor parte de anécdotas sobre uniformes:

Su adopción... fue causada por la necesidad de vestir la recién formada legión tan económicamente como fuera posible, y una generosa oferta de una casa mercantil de Montevideo de vender al gobierno, a precios reducidos, una existencia de camisas rojas de lana destinadas al mercado de Buenos Aires, ahora cerrado por el bloqueo impuesto allí, se pensó que era una oportunidad demasiado buena para ser rechazada, y la compra, por lo tanto, se llevó a cabo. Las camisas eran destinadas para que las llevaran los empleados de los *saladeros*, o grandes mataderos y saladeros de ganado en Ensenada y otros lugares de la provincia argentina, porque eran una buena ropa de invierno y porque su color disimulaba en alguna medida el sangriento trabajo de aquellos hombres.

La camisa era una notable y democrática innovación, un uniforme informal que no hacía distinción entre oficiales y subalternos, ni dividía tajantemente a los soldados de los civiles. En esto había de seguro un elemento conciente. Los uniformes de la Legión de Garibaldi parecerían más subversivos en la vieja Europa que en el contexto más pobre y desordenado del Río de la Plata, pero aún allí soldados entrenados que aspiraban a hacer los ejércitos locales formaciones disciplinadas a menudo desaprobaban su estilo de mando. Como las camisas, éste retendría elementos derivados de su experiencia suramericana.

Su actitud hacia la disciplina es una de tales características. Los viejos soldados entrenados en la escuela española lo criticaban en Montevideo por ser laxo, pero en la clase de combate que había conocido en Río Grande do Sul y en el Uruguay una disciplina formal excesiva normalmente era causa de desertiones, y el comandante que se ceñía demasiado a la cartilla terminaba por encontrarse sólo con ella. En condiciones donde la desertión era fácil, la paga incierta, las provisiones inconstantes, y en sociedades mucho menos jerárquicas, más igualitarias, más *norteamericanas* -los europeos a menudo descuidan aspecto norteamericano de Latinoamérica - que aquellas que habían producido los manuales militares, una actitud blanda hacia la disciplina formal conservaba juntos a los hombres. Cuando la insubordinación superaba los límites de lo tolerable, Garibaldi era capaz de restaurar el orden con drasticidad, y, se-

gún una famosa observación, de dar órdenes de fusilamiento sin quitarse el cigarro de la boca. Lo que quería era obediencia y constancia en la batalla, y la disciplina formal era sólo una manera de llegar a ese fin, de la cual no podía valerse: toma tiempo y recursos, y estabilidad política. En su ausencia el compromiso con un líder y una causa, inculcado a través de la práctica de poderes de mando personales y con rienda floja, constituye una alternativa realista.

En su primera experiencia con los ejércitos de la efímera república de Río Grande do Sul contra las fuerzas del Imperio Brasileiro, y luego en el Uruguay, Garibaldi tuvo que improvisar sus fuerzas tanto en tierra como en el mar. No podía imponer la disciplina de las barracas o del alcázar, porque frecuentemente no había ni barracas ni alcázares. De hacerlo, habría perdido su peculiar ascendencia personal, y sus propios sentimientos contra tal "pedantería innecesaria", como la llamó uno de sus admiradores póstumos, se amoldaban a las circunstancias locales y contribuyeron a sus éxitos allí. En Italia no cambió con respecto a esto. Se las ingenió para hacer de los voluntarios disponibles soldados temporales, y su disciplina era del todo singular. En Europa tenían un aspecto claramente irregular, y sólo eran admirados por la burguesía a una distancia segura, preferiblemente a través de una frontera. Al latinoamericano de la época le hubieran parecido mucho más como el material común de la vida política y militar.

Garibaldi participó en cruentas batallas en Suramérica, y tuvo tanto derrotas como victorias. En esta clase de contiendas menos especializadas adquirió gran experiencia militar, que a su regreso a Italia contribuyó directamente a su rápido ascenso. Era versátil y elástico. Había estado al mando de flotillas y había luchado con caballerías nativas, que consideraba "las mejores del mundo". En sus *Memorias* es lírico cuando escribe sobre la caballería negra de la República de Río Grande do Sul:

Los valientes libertos, orgullosos de su fuerza, se hicieron más firmes y resueltos; y su incomparable cuerpo presentaba a la vista un bosque de lanzas, compuesto enteramente por esclavos liberados por la República, y escogidos entre los mejores domadores de de caballos de la provincia, todos ellos negros, incluso los oficiales superiores. El enemigo jamás había visto las espaldas de esos verdaderos hijos de la libertad - sus lanzas, de mayor tamaño que las comunes, sus rostros de ébano y sus miembros robustos, fortalecidos por el ejercicio laborioso y perenne, y su perfecta disciplina, aterrorizaban a los enemigos. Todos los corazones parecían sentir el palpito de la guerra y la confianza en la victoria. Jamás fue contemplado un día más bello o una escena más espléndida.

Había formado la Legión con los italianos de Montevideo, cuatrocientos de ellos, para la defensa de la ciudad en su interminable sitio, y en 1847 había sido comandante en jefe de las fuerzas montevidéanas durante doce días. Quizás sus biógrafos no han puesto suficiente énfasis en el hecho de que en 1848 eran pocos los italianos que tenían parecida experiencia a la de Garibaldi en la guerra y el mando, en sus vicisitudes y en aquellas de la política republicana. El tuvo que haber fortalecido su innata elasticidad y despreocupación.

Garibaldi volvió a Europa en 1848 a bordo del "Bifronte", rebautizado luego *Speranza*, un barco montevidéano adquirido gracias a contribuciones de la colonia italiana local. Con él llevó para luchar en Italia a sesenta y tres miembros de la Legión y a unos pocos uruguayos, entre ellos por lo menos un negro. Este pequeño núcleo, que fue menguándose, lo acompañó en la campaña del lago Maggiore contra los austriacos, en la defensa de la República Romana y en la retirada de San Marino en el verano de 1849. Tanto en el relato sobre aquellos años de G.M. Trevelyan, como en el reciente libro de Oliver Knox, "De Roma a San Marino: un paseo en las huellas de Garibaldi", hay incidentes y observaciones que le recuerdan al lector los distantes antecedentes suramericanos en la experiencia del comandante y de algunos de sus hombres. No son europeas las lanzas y dagas de la caballería ni el hecho de que no llevaran equipaje. Los grabados en el "Illustrated London News" tienen un interés adicional porque especifican cuáles figuras eran latinoamericanas - el ordenanza al galope que atrae miradas recelosas, el grupo central de tres oficiales bajo el arco, con blusas rojas y cabellos largos (al principio sólo llevaban camisas rojas los oficiales y los veteranos suramericanos; el resto las usaba azules).

La rapidez de los desplazamientos, los asados, las desvergonzadas requisiciones, la exageración de sus efectivos, las sonoras proclamas dirigidas a aldeas indiferentes, recelosas y a veces hostiles, las pretensiones y formalidades mantenidas en los trabajos y la adversidad - todas éstas fueron marca de la famosa retirada. También en esta época le gustaba a Garibaldi hablar sobre su experiencia suramericana, y tanto las similitudes como las diferencias de su nueva situación le han debido traer a la mente fácilmente aquellas memorias. No tan diferente de la causa republicana en Río Grande do Sul, o de la montevidéana en Entre Ríos o Corrientes, la República Romana estaba lejos de ser popular, y hasta aquellos lugares que

le daban la bienvenida estaban obviamente ansiosos de que no se quedara mucho tiempo. En sus *Memorias*, publicadas cerca de diez años después, Garibaldi escogió comparar desfavorablemente a los europeos con los suramericanos:

En mi propio corazón a menudo recordaba la resuelta resistencia y abnegación de aquellos suramericanos con los que había vivido, que, privados de todas las comodidades de la vida, satisfechos con cualquier clase de comida, y a menudo sin nada que comer, hicieron una guerra de exterminio durante muchos años en desiertos y bosques, para no ponerse de rodillas ante ningún tirano o invasor.

A esto agregó Trevelyan este comentario:

El hijo del océano y las pampas se dió cuenta ahora por primera vez de las limitaciones físicas de los habitantes comunes de Europa, el idealista leía los hechos escuetos, y el patriota ardiente estaba descubriendo que todos los italianos no eran del mismo temple que los mejores, y que sus compatriotas no eran la raza de guerremos imposibles con los que había soñado por una docena de años en las soledades suramericanas.

Se debe tomar la comparación de Garibaldi con algo de escepticismo. No era un papanatas, sino un personaje bastante más complejo y sofisticado de lo que muchos se dieron o dan cuenta, y sabía que ahora se movía en una tierra plagada de curas, habitada durante siglos, y en la que no tenía oportunidad de un éxito militar convencional. Lucirse en forma, construir un épico menor, exhibirse a lo largo de los caminos tendría una recompensa posterior - como lo demuestran los frecuentes monumentos a lo largo de la ruta. Garibaldi también debía saber que sus campañas italianas, como las suramericanas, serían en parte guerras civiles, que los franceses y los austríacos no eran el único enemigo. También estaba acostumbrado a las deserciones y el peculado. Le habrían causado pena - y la pena tiene sus usos teatrales - pero no lo pueden haber sorprendido. Es difícil imaginar que cualquier otro líder de ese cuerpo extraño y heterogéneo hubiera podido conservar juntos a tantos hombres por tanto tiempo sin un propósito inmediatamente aparente y con tal suavidad: Garibaldi no era duro ni con sus seguidores ni con las gentes de las comarcas por las que pasaba.

Uno de sus oficiales menos improvisados era un antiguo miembro de la "Coldstream Guard", el coronel Hugh Forbes. "El británico excéntrico", según Trevelyan, "a quien tan poco le importaban los adornos guerreros que hacía todas las campañas con el uniforme de verano y el sombrero de copa blanco de su clase y país". (*Buen hombre* está escrito en el margen de mi edición de Trevel-

yan de 1914). Este arquetipo emigró luego a los Estados Unidos, donde en 1885, basado en sus experiencias, escribió un "Manual del voluntario patriótico", el primero mas no el último de los peli-grosos librillos derivados directa o indirectamente de la práctica revolucionaria suramericana.

Giuseppe Garibaldi
Qui venne, e si attendó;
mangio, presse quattrini, e se ne andó

Giuseppe Garibaldi
vino aquí y se quedó,
comió, pidió cuartillos y se fue.

Esta rima que Oliver Fox le oyó recitar al bibliotecario del Castiglion Fiorentino es un recuerdo folclórico práctico de la rápida e irregular retirada, pero en menos de dos años de su retorno tras una larga ausencia, Garibaldi se hizo a la máxima reputación militar patriótica en Italia. Era la obra de un caudillo, y vale la pena considerar a Garibaldi como un ejemplo de esa mal definida categoría suramericana.

Muchas cosas admiraba él en ciertos líderes suramericanos. En sus *Memorias* escribe que Bento Gonçalves, el presidente de la abortada República de Río Grande do Sul, "era un espécimen del soldado magnánimo, aunque en ese momento tuviera casi sesenta años. Por ser alto y activo, montaba un brioso caballo con la facilidad y habilidad de sus jóvenes compatriotas". De sus tiempos posteriores en Uruguay, registra su respeto por el general Melchor Pacheco y Obes, quien daba muestras

de una noble superioridad en cuanto a energía, valor y capacidad. El fue, sin lugar a dudas, el principal campeón de la gigantesca lucha sostenida por su país contra la invasión extranjera; una lucha que servirá como ejemplo a las futuras generaciones, y a todas las naciones que no están dispuestas a someterse a la fuerza.

También elogia al general argentino José María Paz, ciertamente uno de los más lúcidos y desinteresados protagonistas, para Garibaldi "incomparable". Naturalmente no hay en él elogios para Rosas, el enemigo de Montevideo, pero en sus escritos y en sus conversaciones registradas se mostró suficientemente informado sobre los elementos de su poder. Garibaldi sin duda tenía cierto talento para la observación sociológica.

No se puede ser demasiado específico sobre lo que aprendió de aquellos ejemplos. Denis Mack Smith anota que el parecido entre Bento Gonçalves y Garibaldi veinte años después no era "pro-

bablemente del todo accidental”. Sabía cómo descollar tanto como el significado político que esto tenía. Más significativamente, pudo observar lo que se necesitaba para comandar a la canalla —las gentes de Río Grande se vanagloriaban con el nombre de *farroupilhas*, literalmente canalla, que sus enemigos les habían dado— en un medio que le ofrecía a los comandantes escaso apoyo institucional. Los europeos se inclinaban e inclinan a explicar el caudillismo como el predominio del influjo personal derivado de una excesiva o infantil necesidad latina de un líder particular, pero se explica mucho mejor en el contexto de jerarquías sociales debilitadas y de relativa ausencia de instituciones formales. Así las cosas, mucho depende de la intuición, la energía, el tacto —en otras palabras, en el carácter del líder, su trato con la gente y sus dones de mando. En otros contextos a veces se pueden reconocer políticos que habrían tenido carreras igualmente exitosas en Suramérica, de haber nacido allí: Andrew Jackson, David Lloyd George, Huey Long... Garibaldi es el único ejemplo de un líder cuya carrera político-militar cubrió tanto América Latina como Europa, y cuya parte europea fue ciertamente marcada por rasgos más a menudo discernidos en líderes suramericanos. La improvisación, la ausencia de miedo a la dictadura, un modo de ser igualitario combinado con la habilidad para conservar la distancia esencial del poder, la elasticidad, la simulación... no todas estas cualidades son necesariamente admirables, o exclusivas del escenario de la temprana carrera pública de Garibaldi, pero su combinación era más posible allí.

Algunos comentaristas admiten que en esos años él pudo aprender algunas técnicas guerrilleras útiles, pero que el significado de ese aprendizaje no iba mucho más allá: la causa gloriosa y esencial era Italia. La historiografía moderna correctamente tiene algo menos de confianza que digamos G.M. Trevelyan, sobre la gloria absoluta de la causa italiana. Y tal vez tenga que revisar en algo, esta vez en una dirección menos cínica, la visión de las causas tempranas. Garibaldi mismo claramente consideraba su carrera como una unidad. En río Grande, según sus propias palabras, luchó “para ayudar a un pueblo del sur, oprimido por un enemigo orgulloso y poderoso”. Río Grande también era una república enfrentada a un imperio, habitada por “republicanos orgullosos”, y hasta con un himno republicano que Garibaldi y sus hombres, según su propio relato, cantaban en plena batalla. “Puede afirmarse sin titubear que ‘Los hijos del continente’ (el nombre dado al pueblo de

Río Grande) eran los más ardientes e intrépidos hombres”, escribió. “Reclamo este carácter para ellos, después de haber tenido muchas oportunidades de formar una opinión correcta”. Y sobre el hecho de que emprendiera la defensa de Montevideo, Garibaldi se explica así:

Indignado ante el espectáculo de una escena de tal opresión arrogante e inhumana como aquella que se presentó en Buenos Aires y en la República Argentina, me ví obligado a presentarme a mí mismo en oposición al Dictador, y a adoptar como mía la causa de los injuriados. Habiéndome mezclado con el pueblo en mi propio país, y habiéndome enseñado toda mi experiencia, tan corta como era, a simpatizar con él en contra de la vieja y hereditaria aristocracia europea, no podía mirar con indiferencia al advenedizo opresor, Rosas, tan traidor hacia los principios de igualdad y republicanismo, que pretendía amar mientras los violaba en la más grosera forma y en aras de su insaciable ambición. A pesar de la deprimida condición del verdadero partido patriótico al llegar yo a Montevideo, las circunstancias probaron ser favorables al poco tiempo, y al principio de la renovación de su movimiento me presenté ante ellos con mi nativa diligencia y celo.

Combinada con esta ingénita actividad a favor de la humanidad, también había en él un ingénito don para encontrar ventajas y argumentos a favor de la causa italiana. A mediados de la década de los cuarenta, había cerca de 6.300 italianos en Montevideo. Las causas de Italia, de la humanidad y de Uruguay podían combinarse convincentemente en una ciudad de 19.000 extranjeros y 11.000 nativos. En 1859 algunas comparaciones retrospectivas también eran útiles:

Desde la batalla de Navarra, en el Piamonte, no podía comparar a mis compatriotas con los montevidianos sin sonrojarme. Sin embargo toda Italia deseaba no someterse al dominio extranjero, y anhelaba la guerra, y yo estoy convencido de que los italianos al igual que los montevidianos, poseen constancia y generosa devoción hacia la libertad. Sólo que tienen tantas y tan poderosas influencias que los mantienen esclavizados.

Esta atrevida declaración y simplificación de sus memorias y frases brinda sólo una indicación muy cruda de lo que constituía el meollo de los conflictos en el Río de la Plata, y sería erróneo usarlos como fuente para aquellos. Son sin embargo una buena evidencia de como se proyectaba y se veía a sí mismo Garibaldi. Su apreciación de la humanidad de toda suerte de personas, su independencia de prejuicios nacionales, continentales o raciales es espontánea, y contrasta con tantos viajeros ilustrados de sus días y épocas posteriores. Sus relatos políticos son superficiales e incompletos, que lo revelan no tanto como ingenuo —nunca fue ingenuo en el sentido normal de la palabra— como

impaciente para pasar al siguiente episodio. Cuando escribió la primera versión de sus memorias estaba ciertamente impaciente. La totalidad demuestra que escribía para Italia, pero no sólo para los italianos, ni siquiera en primer lugar para los italianos. Cualquiera que fueran sus motivos, cualquiera que sea la explicación, la fama y popularidad de Garibaldi en su apogeo no tenía rivales. Esto también tuvo ciertas consecuencias en América Latina después de su partida.

Allí fue indudablemente un modelo para los militantes radicales. Sus hazañas italianas fueron ampliamente difundidas en 1848-49, y en 1851 visitó Panamá, pasó cuatro meses en Nicaragua, y navegó hacia el Sur, a Guayaquil y El Callao.

El *Correo de Lima* saludó al “Ilustre defensor de la LIBERTAD”, aunque su visita fue estropeada por una pelea con unos franceses y un pequeño disturbio. La simpatía oficial y popular estaba del lado de Garibaldi, lo que es prueba de su fama. El estilo de muchos radicales hispanoamericanos le debe algo a él. No es fantástico detectar algo de Garibaldi en el argentino Bartolomé Mitre, quien luchó a su lado en Uruguay y más tarde se escribió con él. Mitre poseía muchas de las cualidades de Garibaldi y una torpeza política parecida.

Y hay más en el horizonte: Eloy Alfaro, el fundador del Ecuador liberal y constructor del ferrocarril entre Guayaquil y Quito, pudo de joven haber visto a Garibaldi a su paso por Guayaquil; el anticlericalismo radical de Alfaro, sus dones de mando, su generosidad, su voluntad de luchar por la causa liberal donde hubiera que hacerlo, son todas resonancias de Garibaldi. Como lo son Juárez en México, Maceo en Cuba, y muchos centroamericanos y colombianos. En *Nostromo* Joseph Conrad pone una frase de las *Memorias* de Garibaldi en boca del viejo estadista e historiador de Costaguana, don José Avellanos, al decir que Costaguana debe tomar su lugar apropiado entre las naciones de la tierra. La atracción de Garibaldi era mayor en figuras más violentas y radicales que el anciano autor de *Cincuenta años de desgobierno*.

Hombres como estos sin duda le dejaron un legado al siglo veinte. hace poco más de veinticinco años otro excéntrico barbado y fumador de cigarrillos se echó al mar en un pequeño bote con el núcleo de una legión para liberar a su país nativo. ¿Es posible concebir a Fidel Castro sin Garibaldi?

Rembrandt, Hermensz van Rijn, llamado (1606-1669)
Pintor holandés, dibujante y grabador.



B. 368
Tres cabezas de mujeres de las cuales una duerme
12.7 x 8.8 cm. Un solo estado
Firmado y fechado: Rembrandt F. 1637 Haarlem
Colección Pizano, Universidad Nacional, Bogotá